
ENTREVISTA

EL GENERAL NIKOLAI LEONOV EN EL CEP

**Nikolai Leonov, Eugenia Fediakova, Joaquín Fernandois,
Arturo Fontaine Talavera, David Gallagher, Emilio Meneses
y Olga Uliánova**

A continuación se reproduce la conversación que sostuvo el general Nikolai Leonov con un grupo de investigadores del Centro de Estudios Públicos y académicos. Retomando algunos temas abordados en su charla del día anterior en el CEP (véase transcripción en esta misma edición), el general Leonov entrega aquí su opinión sobre la situación actual de Rusia, los brotes nacionalistas y el proceso de disolución de la ex URSS. A su vez, se refiere a la estimación de las autoridades soviéticas sobre las fuerzas armadas chilenas durante el gobierno de Salvador Allende, a la ruptura de relaciones de la URSS con Chile después del pronunciamiento militar y a la presunta participación de la URSS en tres episodios cruciales durante el gobierno militar en Chile. Ilustra con anécdotas la forma de operar de la Inteligencia soviética y entrega, entre otros, sus apreciaciones sobre el régimen cubano, las relaciones cubano-soviéticas, el desarrollo de la crisis de los cohetes en Cuba (1962) y la política exterior soviética en el Medio Oriente.

El general (R) Nikolai Leonov fue Vicedirector del Comité de Seguridad del Estado (KGB) de la Unión Soviética entre 1983 y enero de 1991, el segundo cargo más importante dentro de la estructura del KGB. Anteriormente fue Vicedirector del Departamento de Análisis e Información del KGB (1973-1982) y Vicedirector del Departamento de América Latina del KGB (1968-1972). El general Leonov es doctor en Historia de América Latina, Academia de Ciencias de la URSS, y autor del libro *Ensayos de historia contemporánea de América Central* (Moscú: Ed. Nauka, Academia de Ciencias, 1973). En 1995 publicó sus memorias bajo el título *Tiempos difíciles* (Moscú: Relaciones Internacionales). Actualmente es profesor del Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú.

* La entrevista se efectuó el 23 de septiembre de 1998 en el Centro de Estudios Públicos y fue editada por M. Teresa Miranda, con la colaboración de Eugenia Fediakova, Joaquín Fernandois, Emilio Meneses y Olga Uliánova.

Estudios Públicos, 73 (verano 1999).

General Leonov, quisiera comenzar con una pregunta sobre el tema de la desintegración de la Unión Soviética, al que usted se refirió ayer en su charla. Usted planteó que de alguna manera la estructura de la Unión Soviética dio a las repúblicas ciertas alas de autonomía y ciertos símbolos que, en definitiva, coadyuvaron a crear un espíritu nacionalista aun donde no lo había. Este espíritu nacionalista en la Unión Soviética ¿se sentía al interior del Partido Comunista mismo? ¿O más bien la desintegración también pasa por una desintegración, en el fondo, del proyecto del Partido Comunista? ¿Había comunistas nacionalistas?*

—Hubo casos de expresiones nacionalistas bien marcadas, incluso entre altos jerarcas de los partidos comunistas nacionales. El más sonoro fue la destitución del Primer Secretario del Partido Comunista de Ucrania, Shelest, en los años setenta, quien había comenzado a pronunciarse públicamente demasiado nacionalista. En vez de realizar quizás un trabajo más profundo de erradicación de estas expresiones nacionalistas, como era común entonces, se adoptaron medidas coercitivas: se lo removió del cargo de Primer Secretario del Partido Comunista de Ucrania y se lo expulsó del Buró Político, del cual era miembro en su calidad de jefe del Partido Comunista de Ucrania. A continuación, por un breve tiempo, se realizó una campaña propagandística para explicar a la población que se lo había expulsado por nacionalista; es decir, eso no se esconde, no se oculta. Es el único caso que conozco en que el tema del nacionalismo adquiere envergadura nacional y trasciende a la opinión pública.

Pero estas cosas, claro, no estaban presentes solamente en Ucrania. Los otros líderes de los partidos comunistas nacionales también tenían sus pecaditos: todos siempre tiraban hacia la independencia, nadie quería controles del centro. Pero ante la expulsión de Shelest, claro, se cerraron como conchas y maduraron dentro de sus células nacionales esperando a que asumiera en el centro un líder más débil. Esta situación se les presentó después con Gorbachov, cuando ya comenzaron a hablar en voz alta, pidiendo más privilegios, más libertad, más independencia. Pero el nacionalismo nunca estuvo presente en el pueblo.

Los rusos, la nación central, por su idiosincrasia y experiencia histórica —porque fueron la médula central del imperio y éste siempre fue multinacional—, por su mentalidad, siempre han sido muy internacionalistas: aceptan todas las nacionalidades fácilmente. Cuando se expandió el imperio, los rusos nunca empleaban métodos bárbaros ni la aniquilación.

* Véase en esta edición, *infra*, la charla del general Leonov a la que se alude en esta pregunta y más adelante. (N. del E.)

Permitían que todos los pueblos que se sumaban al imperio mantuviesen su propia religión. De modo que dentro del imperio zarista había musulmanes, budistas, etc., los que tenían muy pocas restricciones. La única limitación era que sólo los cristianos podían ser nobles, y sólo ellos podían ser oficiales y generales del ejército. ¿Era esto un castigo o un favor?, quién sabe... Los que profesaban la fe islámica, por ejemplo, podían, sí, servir voluntariamente en el ejército; por eso los tártaros enviaron su destacamento de caballería en la guerra contra Napoleón. No había ninguna otra discriminación. De modo que los rusos son muy tolerantes, muy tolerantes.

Es más, un principio central en la educación, tanto en la educación de los militantes del Partido Comunista soviético como de todo el pueblo, era el lema del 'internacionalismo', no sólo proletario sino también nacional. Incluso algunos años antes del descalabro del poder soviético surgió del seno del Comité Central del Partido Comunista un concepto 'nuevo': 'pueblo soviético'. Y se comenzó a hablar de 'pueblo soviético' y no más de pueblo ruso, ucraniano, georgiano, uzbeko. Se decía que había surgido una nueva comunidad de pueblos, con otra mentalidad: el pueblo soviético*.

—¿Y eso penetró en las grandes masas?

—Sí, sí. Cuando en las altas esferas de las burocracias del partido estaban pensando en separarse o, por lo menos, en repartirse sus privilegios y poderes, se decidió realizar un referéndum para consultarle a todo el pueblo, a todos, si querían o no conservar la Unión Soviética. Conservarla pero reformada, más democrática, claro. El referéndum se efectuó el 18 de marzo de 1991. El 75% dijo que sí, que querían conservar la Unión Soviética y permanecer dentro de ella. Por eso, los que liquidaron la Unión Soviética de un plumazo, ahí en aquella casita de cacería en Bielorrusia, obraron contra la voluntad del 75% de la población.

—¿Hubo diferencias regionales en la votación? ¿Votaron los rusos igual que los ucranianos y los georgianos, por ejemplo?

—Los más decididos en la conservación de la URSS fueron los habitantes de Bielorrusia, ahora un Estado independiente; cerca del 87% de la población votó en favor de la Unión. Los rusos también, más del 80%. En las repúblicas caucásicas, que son Armenia, Georgia y Azerbaiján, la votación fue un poquito más baja, cerca de 71 ó 67%, por ahí. En Ucrania,

* En 1972, durante las celebraciones de los 50 años de la URSS, se declaró oficialmente que en el transcurso de ese medio siglo 'se formó [en la URSS] una nueva comunidad humana: el pueblo soviético'. Esta fórmula, muy utilizada luego en el discurso oficial, simbolizaba la atenuación de las diferencias étnicas dentro de la URSS. Cabe destacar que el concepto 'pueblo' se utiliza ampliamente en el idioma ruso en el sentido de 'nacionalidad', pero nacionalidad en cuanto etnia y no pertenencia cívica. (N. del E.)

alrededor del 65%. Las repúblicas bálticas [Letonia, Estonia y Lituania], que formaban parte de la URSS, no participaron en ese referéndum, se negaron. Pero nosotros teníamos absolutamente claro que estos países pertenecían ya, cultural y económicamente, a Occidente; ellos hace tiempo que se habían pronunciado en favor de una independencia total o completa y, por lo tanto, no los consideramos, obligatoriamente, como parte de la Unión Soviética. Ahora bien, el resto, a excepción de Ucrania, donde la votación a favor de la Unión fue un poquito menor, como 65%, todos votaron en forma más o menos pareja.

Ucrania es un caso especial. Allí hay tres franjas, una de ellas es la Ucrania Occidental, la que linda con Polonia, Eslovaquia y Hungría. La Galicia, como también la llaman ahí. Esta franja de Ucrania, que tiene aproximadamente el 15% de la población de toda la república, es furibundamente antirrusa y antisoviética.

—*Son católicos también...*

—Sí, y es el único lugar en el mundo donde hasta hoy las disputas entre ortodoxos y católicos adquieren ribetes de violencia. Antes de salir de Rusia esta última vez, leía sobre las trifulcas entre ellos, con tiros, piedras y palos, para arrebatarse catedrales unos a otros... En la segunda guerra mundial, esta gente incluso luchó con armas contra el ejército soviético. Ahí mismo se formó la famosa —en nuestras latitudes— división de las tropas SS, que se llamaba Galitchina. Eran feroces con los guerrilleros, nunca tomaban prisioneros y las torturas eran brutales. Porque ellos no estaban peleando en el frente como tropa regular, sino que peleaban contra los guerrilleros, en la retaguardia. Y de estos lugares salió el famoso líder del nacionalismo, Stepan Bendera, un nombre que quizás hayan escuchado. Él colaboró y luchó un tiempo con los alemanes, en contra de los soviéticos; incluso vestía uniforme nazi. Era un líder nacionalista, un tipo muy agresivo, brutal. Muchas vidas deben pesar sobre su conciencia. Quería que los nazis ayudaran a proclamar la independencia de Ucrania, pero Hitler no quiso hacerlo. Fue el último criminal de guerra que, juzgado en ausencia —porque vivía en Alemania—, fue condenado a muerte. Se le encargó a la Inteligencia soviética ejecutar la condena en el extranjero. Esto ocurrió en 1959. Fue el último caso en que la Inteligencia soviética participó en la liquidación física de un enemigo político del régimen.

Claro que toda esta herencia deja una huella difícil de sortear en Ucrania. Ellos ahora tienen un partido político, el RUJ*, que es furibunda-

* Uno de los principales partidos políticos de Ucrania. Se destacó por su campaña separatista durante los últimos años de la URSS. En Ucrania independiente representa a la oposición nacionalista. (N. del E.)

mente antirruso y cuenta con cerca del 10% de los votos en el Parlamento ucraniano. Pero son tan agresivos, tan enérgicos, que a veces nosotros decimos que Galicia es la cola del perro que hace moverse a toda Ucrania.

—*La segunda guerra mundial fue de algún modo un factor que ayudó a consolidar el régimen soviético, pero también le dio un cariz nacionalista. ¿Sigue siendo el recuerdo de la segunda guerra mundial, de cierta manera, un factor de unidad en la Rusia actual? También le quiero preguntar por el general Vlasov, ¿qué ha sucedido con él; se ha reivindicado su nombre en el ejército?*

—Sobre la primera parte de la pregunta puedo decirle que en el corazón de la gente, sobre todo de los veteranos, eso persiste. Pero los actuales dirigentes políticos tratan de echar tierra a todos esos recuerdos... En febrero de este año fui a Stalingrado*, invitado por veteranos de la batalla aquella. El alcalde de Stalingrado y los veteranos de la batalla de Stalingrado tenían la idea de formar ahora una "Liga de Ciudades Héroes", integrada por las doce ciudades que se defendieron más heroicamente durante la guerra. La mitad de ellas queda en Ucrania, como Kiev, Sevastopol, Kerch; otras están en nuestro territorio, como Stalingrado, Leningrado; y hay otras en Bielorrusia, como la fortaleza de Brest y la ciudad de Minsk. Las ciudades rusas y bielorrusas estuvieron de acuerdo, pero sólo una de las que están en territorio ucraniano, Sevastopol, que es rusa ciento por ciento, porque es una base militar naval donde no hay casi población ucraniana, estuvo dispuesta a formar esta liga. Es decir, aunque las hazañas de la segunda guerra mundial son celebradas por los veteranos, cuando ellos mueran creo que morirá también ese recuerdo unificador de la segunda guerra mundial.

—*¿Y el general Vlasov?*

—El general Vlasov es considerado por muy pocos, en realidad sólo por una insignificante minoría de la opinión pública del país, como héroe, como el luchador contra el socialismo. Pero los veteranos jamás lo considerarían un héroe; ni siquiera las actuales autoridades de Rusia, porque de las antiguas, ni hablar. Me refiero al sentimiento del pueblo: todos lo consideran como una persona que traicionó a su patria en plena guerra, de modo que no se puede ni plantear el problema de su justificación o de su absolución. Personalmente, todo lo que conozco de sus actividades me da también suficiente razón para calificarlo de traidor. Mereció el castigo que sufrió porque realmente se puso al servicio del enemigo. Peleó sobre todo contra los guerrilleros, porque esas tropas que él formó, que se llamaban el Ejército

* Volgogrado, desde mediados de los años cincuenta. (N. del E.).

to Libertador Ruso y que contaban con alrededor de 90.000 efectivos, vestían uniforme nazi, tenían armamento nazi. Al igual que las de Galicia, las tropas de Vlasov fueron usadas básicamente en contra de la propia población y guerrilleros rusos. No estaban en el frente de batalla.

En Perú, cerca de Lima, me encontré en una ocasión con un soldado de Vlasov, un sobreviviente. Fue una vez que se corrió el rumor de que iba allí un periodista soviético, y entonces se me presenta un muchacho de unos 17 ó 18 años, que me dice en ruso: 'Mi papá quiere invitarlo a almorzar, para conversar con usted'. Le respondo: '¿Por qué no vino tu papá?' 'No, mi papá tiene sus problemas; tiene vergüenza'. Excediendo los límites que por regla general se pone un oficial de Inteligencia en servicio, me atreví a ir a un lugar desconocido, con un desconocido, sin ningún objetivo claro. Simplemente fue una cosa sentimental, porque me dijo que era un soldado ruso perdido ahí en las montañas andinas. Entro a la casa y veo que es un tipo fuerte, 'bigotón', un ruso ciento por ciento: habla ruso perfectamente bien, la casa está llena de libros rusos, hay una balalaika, en la mesa vodka y la comida es rusa. Tomamos una copa, otra copa, y comienza a contarme la historia. No voy a repetirla, pero confiesa ser soldado del ejército de Vlasov. Cuando le digo: '¿Por qué no regresa?', ya que esos pecados habían prescrito y podía regresar a su tierra, me contesta: 'No, mis hermanos tienen tanta sangre que no podré nunca pisar aquella tierra'. 'Entonces' —le replico— '¿para qué me citó...?' Y me responde que lo único que pide es que acojan a sus hijos, a ese muchacho y a una hija que tenía. Yo le aseguré que abogaré para que obtuvieran la ciudadanía rusa. Dos ciudadanos más, ¿que pierde mi país? Por los padres no respondemos, eran víctimas de aquella conflagración.

Y creo que él tenía razón, porque si regresa a mi patria, claro que no lo van a juzgar, pero en su calidad de ex soldado de Vlasov se encontraría aislado en la sociedad, lo pasaría mal, porque el campo magnético es negativo para todo el que sirvió bajo las banderas de Vlasov.

—*Volviendo a Chile, al período de Allende: usted señaló que en la primavera de 1973 —imagino que debe haber sido abril o mayo, la primavera boreal— les preguntaron a usted y a otros miembros de la Inteligencia qué es lo que pensaban que iba a ocurrir en Chile. La información que tenían en ese momento, al parecer, por lo que usted dijo ayer, era que se esperaba un golpe de Estado. ¿Cuál de las fuerzas armadas chilenas lo iba a iniciar, en la opinión de ustedes? Y quisiera agregar, cuando el gobierno soviético tomó la decisión de enviar armas a Chile: ¿cuál era la intención? Porque, aparte, por supuesto, de que toda venta de armamento es un acto político, con el que se gana influencia, es claro que ese armamento iba a provocar una división en el ejército chileno.*

—No teníamos ninguna opinión precisa de qué rama dentro de las fuerzas armadas podría estar abanderada con la idea complotista y golpista. Pero, en general, en los círculos ligados a la Inteligencia, al Ministerio de Defensa Militar en la Unión Soviética, se solía pensar que los cuerpos más reaccionarios —uso el lenguaje nuestro de aquel entonces— eran las marinas de guerra. Ya se tratara de Perú, de Argentina, de Chile, la marina era considerada como la rama más conservadora, más anticomunista, más ligada a Estados Unidos y a Inglaterra, y más antisoviética. Y esto por varias razones: usaban tecnología adquirida en esos países y también se creía que el cuerpo de oficiales y almirantes provenía de las altas capas de la sociedad.

De las otras fuerzas, la que siempre se consideraba como más posibles de trabajar con ellas eran las tropas terrestres, que en cualquier país son núcleos del ejército, porque rara vez en la historia de los complots y rebeliones militares puede triunfar la marina si las fuerzas terrestres están en contra. En nuestra propia historia tenemos el caso del famoso acorazado Potemkin, un acorazado muy poderoso que se rebela pero que no tiene cómo aprovisionarse. Por eso que las simpatías estarían más bien con la rama del ejército; pero simpatías limitadas, claro, porque la casta castrense no era considerada en ningún caso como nuestra posible aliada.

La aviación quedaría como en el medio de las otras dos ramas, pero quizá más cercana a la marina que a las fuerzas terrestres. La aviación podía ser vista como un poco más aristocrática, más ligada con los centros de adiestramiento norteamericanos, con tecnología francesa y norteamericana, básicamente.

Los menos confiables eran los cuerpos de policía, o las fuerzas especiales policíacas, porque siempre están más ideologizadas debido a que son destinadas a resolver problemas sociales y políticos internos.

Éste era el concepto general que teníamos de las fuerzas armadas en América Latina.

En cuanto a Chile, bueno, la confianza y todas las relaciones que tuvimos en aquellos años estaban teñidas por la personalidad de Salvador Allende. Ahora bien, sí se supo que no había unidad total entre los generales de la tropas terrestres y en general entre las Fuerzas Armadas, y que la mayoría estaba en contra del experimento socialista. Hay un libro de un investigador soviético, de apellido Serguev, *Radiografía del complot militar en Chile*, en que se desnuda el proceso de la formación psicológica y técnica del militar chileno: de dónde recibía armamento, dónde recibía educación, qué espíritu predominaba en los círculos de oficiales, etc. Y por eso, hacia 1973, debido a esos estudios ya bastante minuciosos, había segu-

ridad casi total de que el ejército iba a actuar como entidad, como un instrumento muy conveniente en las manos de los generales, en contra del gobierno de Salvador Allende.

—¿*Pero ese libro es anterior o posterior a 1973?*

—El libro fue publicado en 1976, al parecer. Pero los estudios en los que se basa se hicieron antes. El Comité Central del Partido Comunista solía encargar estudios a los centros de investigaciones, y el Instituto de América Latina —a cuyo cuerpo tengo el honor de pertenecer desde su formación— recibe muchas veces el encargo de preparar estudios sobre una materia u otra. El estudio al que me refiero es de ese tipo. Y ustedes mismos conocen algunos de esos estudios, que eran completamente confidenciales*.

—*Pero en su charla de ayer usted se refirió también a varios informes que se le presentaron a Andropov, en los cuales a comienzos de 1973 ya se daba por terminado el gobierno de Allende...*

—Sí.

—¿*Por qué, entonces, venderle armamento a Chile, si ya Chile era un caso perdido?*

—La venta de armamento en esos años sólo la podía realizar un organismo: el Ministerio de Defensa. Dentro de este Ministerio había una Dirección General, no me acuerdo exactamente su número, creo que era la Dirección General N° 12, encargada especialmente del envío de armamento y municiones al exterior. Solamente esa Dirección podía decidir qué tipo de armamento se podía vender, qué cantidad, a dónde, etc. La única restricción que había era que no se podía enviar el armamento más sofisticado o moderno, tenía que ser siempre de una generación anterior. Había dos categorías de armamento: la primera eran armas más sofisticadas, las que sólo podían ir a países socialistas como Polonia, la RDA; en la segunda categoría entraba el armamento menos sofisticado, que podía enviarse a los países capitalistas, al Tercer Mundo, Chile incluido, donde evidentemente existía la posibilidad de que pudiese caer en manos de Estados Unidos; de manera que se tomaba la precaución de que ese armamento no pudiese afectar la capacidad defensiva de la Unión Soviética.

En lo que se refiere a la venta de armas, en la mayoría de los casos el Ministerio de Defensa no informaba sobre estos asuntos a los otros órganos del Estado ni a la Inteligencia. Cuando ellos preparaban la documentación —los planes, los precios, plazos, especificaciones—, la envia-

* El general alude aquí al informe del Instituto de América Latina, de la Academia de las Ciencias de la URSS, que se incluyó en "Chile en los archivos de la URSS", *Estudios Públicos*, N° 72. (N. del E.)

ban al Consejo de la Defensa, cuyo presidente siempre era el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista.

El Consejo de la Defensa estaba integrado por unas seis o siete personas; entre ellas el Ministro de Defensa, uno de los secretarios del Comité Central, que era responsable del complejo militar industrial, y el Ministro de Exterior, porque tenía que evaluar su conveniencia para los intereses nacionales. Lo digo porque me tocó participar en reuniones de ese Consejo como experto en algunas materias, de manera que lo vi trabajar. La decisión que tomaban era definitiva; si ellos aprobaban la proposición del Ministerio de Defensa, ya era la ley y se daban las instrucciones específicas al ministerio para que lo llevara a efecto.

—*Usted dijo que el armamento que venía a Chile eran tanques, artillería, entre otras cosas...*

—Entre otras cosas, tanques y artillería, con absoluta seguridad.

—*¿Qué tipo de tanques?, ¿se acuerda usted?*

—No puedo decirle, porque realmente nunca vi ningún documento o papel referente a esta venta. Lo único que sé es que había dos o tres barcos con este armamento a bordo, que se dirigían a Chile.

—*¿Dos o tres barcos, de qué tipo?*

—Comerciales, mercantes, claro.

—*¿Barcos mercantes?*

—Siempre eran barcos mercantes, porque no se podía usar barcos militares para esos fines.

—*¿Cómo se enteró usted de este convoy?*

—Me enteré por uno de mis colegas militares que trabajaban en la Inteligencia Militar.

—*¿Lo supo, entonces, casualmente?*

—No fue del todo casual, porque precisamente en mayo, en junio de 1973, las dos Inteligencias habían sido interrogadas sobre la necesidad o posibilidad de enviar armamento y dinero al Presidente Salvador Allende. Ya les dije ayer que la opinión de la Inteligencia fue negativa, porque los informes que habíamos recibido nos mostraban que era inútil tratar de salvar la situación con esos medios, y los militares [soviéticos] conocían nuestra posición. Por eso, seguramente, no querían entrar a discutir el tema de la venta de armas con nosotros, porque entonces tendrían un oponente más, lo que dificultaría el proceso. Ellos lo hicieron sin consultarnos; tenían, además, pleno derecho a hacerlo.

Cuando aquel colega en la Inteligencia Militar me dice que ya habían sido cargadas las armas para Chile, les comenté a mis compañeros que nosotros habíamos sido dejados al margen. Hicimos entonces varias

consultas a nuestros centros de información más importantes, es decir, a Washington, a Nueva York y, en este caso, a Santiago, porque se trataba de Chile. Pero esto fue en... ¿Cuándo mataron al edecán militar de Allende?

—*El 27 de julio.*

—Fue en julio, precisamente. Me acuerdo que los cubanos acababan de celebrar su aniversario del asalto al Moncada. Bueno, y al saber eso y recibir toda la información, preguntamos: '¿Están seguros ustedes de que el golpe es inminente?' Nos responden que sí, que es inminente, que es una cosa inevitable.

—*¿Quiénes les dicen eso, los cubanos?*

—No, no. Me refiero a los centros de información nuestros, de Washington, de Nueva York. Ahora, también le habíamos pedido a nuestra representación en La Habana que nos diera sus puntos de vista. Pero de todos los lugares obtuvimos una opinión unánime: que el golpe era inevitable. Y entonces enviamos directamente al Buró Político uno de los cables que habíamos recibido, un cable de Inteligencia que decía que estas armas de a bordo de los barcos seguramente iban a ser las protagonistas del próximo golpe de Estado ayudando a las fuerzas de derecha.

Y, claro, para el gobierno soviético habría sido bochornoso enviar armas que mañana van a matar a su propio, si no aliado, simpatizante, a su amigo Salvador Allende. El cable, que estaba muy bien escrito, era dramático, y cuando llegó al Buró Político —donde ya en el aparato del Comité Central se había discutido este asunto y donde yo había oído aquello de que 'Allende hace mal acariciando la pata de un tigre, la pata que mañana le va a dar el zarpazo'—, claro, este cable produjo una impresión suficientemente fuerte y se dio la orden de cambiar el rumbo de los barcos.

—*En Chile, en los años setenta y ochenta, unos decían que había sido la actitud beligerante de la Junta de Gobierno con la Unión Soviética, en contra del comunismo, lo que decidió al gobierno y a todo el bloque soviético, con la excepción de Rumania, a romper relaciones con Chile. Otros decían, en cambio, que la ruptura de relaciones había obedecido a una razón interna de la Unión Soviética, que con esto la URSS tenía ahora una carta de triunfo que incluso era popular en Occidente: aislar al gobierno chileno y de esa manera impedir o combatir todo otro futuro golpe contra la Unión Soviética...*

—Con esas medidas no se puede detener ningún golpe. Los golpes, las revoluciones internas, ocurren por causas internas y razones internas. Nadie se detiene ante una barrera de palabras o de documentos de otro país, eso importa poco en estos casos.

Nosotros no rompimos relaciones con Chile, se empleó otra fórmula diplomática: suspender las relaciones. Claro, a diferencia de 1947, cuando el gobierno chileno de entonces, de González Videla, rompió con nosotros, proscribió al Partido Comunista y cerró el periódico *El Siglo*, esta vez la iniciativa fue nuestra. Suspendimos las relaciones porque para nuestra opinión pública, para el Partido Comunista, para todo el pueblo nuestro, habría sido difícil de tragar la idea de mantener relaciones diplomáticas con un régimen político que entró al poder bombardeando el palacio presidencial, con aviación, con tanques. Las escenas esas ustedes las conocen perfectamente bien...

Y al ver lo que siguió después en Chile, las dificultades con los cubanos, incluso el tiroteo ahí, en la embajada, así como la casi retirada militar de los cubanos, se hizo aún más fuerte esa posición. Por eso, reitero, psicológica y políticamente habría sido muy difícil para nuestro gobierno mantener relaciones con el gobierno militar de Chile.

—*Usted señaló ayer que la lucha era contra Estados Unidos y que Latinoamérica era un campo en el que se podía hacer política contra Estados Unidos. Pero el gobierno militar chileno fue un gobierno que se declaró hostil, no a la Unión Soviética, nunca lo dijo, pero sí al marxismo internacional. De alguna manera, a su vez, se declaró aliado o amigo de Occidente; aunque criticaba al gobierno de Carter. En el marco de una política internacional de dos bloques opuestos, como sabemos, es imposible ser absolutamente neutral frente al aliado de un adversario. Dentro de lo que era la política soviética, ¿cabía la posibilidad de castigar o combatir abiertamente a los aliados menores de Estados Unidos? Y, yendo al terreno específico de su trabajo, ¿qué instrucciones tenían ustedes, en la Sección de Latinoamérica, respecto de Chile? Aunque Chile estaba cerrado a ustedes, como país, obviamente había forma de ingresar y de obtener información: ¿qué es lo que le pedía el gobierno soviético al KGB en esa época del gobierno militar en Chile.*

—Al recordar la trayectoria de las relaciones entre Chile y mi país, y al mirarlas a través de los prismáticos de la Inteligencia, me asombro ahora del poco tiempo en que hubo relaciones normales entre los dos países. Imagínense, en 1947 rompimos incipientes relaciones. De ahí hasta 1964, cuando se restablecen nuevamente, transcurrieron 17 años. Y entre 1964 y 1973 sólo hay nueve años, nada más. Las relaciones después se vuelven a restablecer en 1990, pero Rusia ya está mortalmente herida y la Inteligencia prácticamente está concentrada en las zonas de donde provienen las amenazas inmediatas, porque habría sido una locura gastar elementos humanos y materiales en otras zonas.

En total, por consiguiente, tenemos relaciones con ustedes, desde el punto de la Inteligencia, solamente esos 9 años: de 1964 a 1973. Y, en verdad, habría que descontar los tres años de Salvador Allende, porque Allende era nuestro aliado político, bueno, nuestro simpatizante, y no teníamos motivos para realizar trabajos de Inteligencia en contra del gobierno izquierdista; ahora, claro, siempre hay que saber lo que piensa el aliado. Pero descontados esos tres años, lo que queda, entonces, es muy poco: prácticamente el período de Eduardo Frei (1964-1970). De manera que hubo muy poco tiempo para organizar algún núcleo de Inteligencia clásica. Por eso el proceso mismo de primero adquirir una fuente, de trabajarla después, de comenzar a explotar sus posibilidades, eso toma su tiempo, algunas veces demora 4 ó 5 años. Crear una red clásica de espionaje es un trabajo muy largo. En los años treinta y cuarenta, a principios de los cuarenta, cuando nuestro Servicio de Inteligencia incluso reclutaba informantes de las filas de los comunistas, era fácil crear este sistema, porque tú eres comunista, yo soy comunista, pues vamos a trabajar, pam, pam. Bueno, ahí viene la disciplina, como decimos nosotros, la solidaridad internacional. Por eso es que en aquel entonces se formaron rápidamente las redes en Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia sobre todo, y en otros lugares. Pero después de la guerra se le prohibió a la Inteligencia reclutar a los militantes de los partidos comunistas. En el caso de Chile, esto incluía también al Partido Socialista, porque era aliado político del Partido Comunista de Chile formando una sola coalición.

Pero no se puede crear rápidamente una red, sino que es un trabajo arduo y muy lento. Durante los años del gobierno de Eduardo Frei yo no estaba en la jefatura de la Inteligencia; era un oficial de Inteligencia que trabajaba en el campo, en México, haciendo mis cosas, ahí, contra Estados Unidos. Tal como lo digo en mi libro, yo trabajaba contra Estados Unidos, y me siento muy honrado de la alta responsabilidad que se me confirió.

—*Mi pregunta se refería al período militar.*

—En 1973 rompemos relaciones con Chile y los intereses de nuestro país los pasa a representar la India. En Chile se quedaron los rumanos, los chinos, pero con ellos estábamos en plena pugna. Y como el aliado que te traicionó es peor que el enemigo —ley universal, ¿verdad?—, con ellos, por consiguiente, no teníamos nada que ver.

Claro, sí hubo interés en evaluar la situación política de este país. No nos interesaba la ‘cosa económica’, como decíamos nosotros, pero políticamente sí: el grado de estabilidad de la dictadura de Pinochet, el grado de organización y efectividad de la izquierda, las discrepancias en el campo de los militares y en el campo de la oposición, las posibilidades y variantes

del desarrollo de la situación. Ésas eran cuestiones básicas que interesaban en aquel entonces. Pero no había forma de enviar aquí a un oficial soviético bajo una cobertura de corresponsal, de diplomático...

Ahora bien, siempre teníamos una red de agentes u oficiales ilegales. Recuerdo cuando yo firmaba la orden de enviar acá a algunos oficiales nuestros. El agente ilegal puede ser un oficial de Inteligencia que vive durante años y años en algún país de este hemisferio, con los documentos de ciudadanía de un país latinoamericano o de un país europeo, un hombre de negocios, un periodista, un banquero, u otro.

Crear un ilegal es un proceso tecnológico muy complicado, costoso, pero también muy eficaz. Porque a veces esta gente llega a ser embajador de su propio país en otros países. Está el caso de un oficial de Inteligencia, un amigo mío, que llegó a ser embajador de Costa Rica ante el Vaticano*. Un muchacho fantástico, verdad, que ya en el proceso de preparación para este trabajo se reveló como un genio de la profesión. En un país latinoamericano conoció a exiliados costarricenses que preparaban su revolución de 1948 —la gente aquella de Calderón, Guardia—; dominaba el español perfectamente, y les ayudó en algunas cosas. Luego, cuando triunfaron, le preguntaron qué cargo quería como compensación. Él les respondió que necesitaba una semana para pensarlo. Y consultó con el Centro qué podría pedirles a los costarricenses. El Centro le contesta, bueno, 'Pídeles la embajada en el Vaticano, porque allí no podemos penetrar'. Y va al Vaticano, y trabaja años y años ahí. Después escribió libros, ¡incluso fue condecorado por el Papa!

—General, durante el gobierno militar en Chile hubo tres grandes episodios en los cuales aquí se decía que estaba involucrada la Unión Soviética. El primero se relaciona con el armamento soviético que llega a Perú, y la incitación a Perú, presuntamente soviética, para que ataque a Chile cuando está desarmado, desde fines de 1973 hasta 1975, al final de la época de Velasco Alvarado en Perú. El segundo es en 1978, cuando estuvo a punto de declararse una guerra entre Chile y Argentina, y que la intervención norteamericana ayudó a apaciguar, en parte porque le crearía una gran complicación. Y el tercero es la organización del Frente Manuel Rodríguez, cuando el Partido Comunista chileno abandona su política tradicional e inicia una política armada en Chile, que en un momento llegó a tener, no en jaque, pero sí muy incómodo al gobierno militar.

—El Estado soviético y mi Servicio de Inteligencia quedan absueltos en este jurado de los pecados que usted menciona. No tuvimos nada que

* Se refiere a Iosif Grigulevich, cuyo seudónimo literario era 'Lavretski'. (N. del E.)

ver con esos casos, nada absolutamente, con ninguno de los tres. ¿Qué interés podríamos tener nosotros en que se pelearan Perú y Chile? ¿Qué ganancia obtendríamos?

—*Si Chile perdía, el gobierno militar caía; es decir, si perdía, era revolución en Chile...*

—En esa época las revoluciones espantaban al Kremlin más que a los regímenes reaccionarios, porque si asume un régimen revolucionario, éste comienza entonces a pedir ayuda, crédito, dinero, etc. En cambio un gobierno estable, conservador, ahí está, ¿verdad?; se mantienen relaciones normales, no hay problemas ni preocupaciones. ¡Por favor, no hagan ustedes caso de las afirmaciones propagandísticas, las que desgraciadamente pesan mucho en la formación de las opiniones!

Antes me referí a los ilegales. Nosotros enviamos aquí a varios ilegales, también vinieron nuestros ayudantes, si quieren pueden llamarlos agentes, que eran periodistas occidentales de renombre, que vinieron a Chile para realizar la misión que les habíamos encargado: recoger información sobre la situación en Chile, dentro de los límites de los intereses que yo les decía recién. Ellos nos entregaban ese material, que era suficiente para que el gobierno soviético pudiera más o menos orientarse sobre la situación en esta zona precisa.

—*¿Eran periodistas occidentales?*

—Sí, occidentales. Un periodista de cualquier país que ustedes respetaban mucho y que tenía las puertas abiertas en Chile... Claro, nosotros escogíamos la bandera que más nos acomodaba. Si es más ventajoso usar la bandera francesa, bueno, se busca la representación de un periódico o una revista francesa. Esto es fácil, en la Inteligencia se le llama “empleo de banderas ajenas”.

—*Quisiera preguntarle por la ayuda económica que le prestó la Unión Soviética al Partido Comunista chileno desde los años sesenta hasta el año 1973. Recién se han dado a conocer documentos que muestran que en 1970, por ejemplo, el PC chileno recibió 400 mil dólares (el equivalente hoy, aproximadamente, a más de un millón y medio de dólares). ¿De dónde provenía ese dinero? ¿Cómo se hacía llegar al Partido Comunista en Chile?*

—Técnicamente se hacía en forma sencilla. El Banco Central del Estado de la Unión Soviética entregaba ese dinero directamente al Comité Central, al Departamento de Relaciones Internacionales, que era el responsable de las relaciones con los partidos comunistas y con los movimientos de liberación nacional. Ese dinero era físicamente transportado al Comité Central, y, como el último renglón de estas decisiones siempre decía “Se

encarga al señor Andropov, presidente del KGB, ejecutar la decisión', nosotros recibíamos la orden de recoger este dinero, enviarlo a los países correspondientes y entregarlo a los destinatarios.

Personalmente tuve que cumplir esta misión en varias ocasiones. Llegaba al Comité Central —muchas veces no tenía ni carro— y recogía unos baúles grandes con fajos de dólares, unos 200 a 300 mil dólares, empacados en unas bolsas feísimas. La distancia entre el Comité Central y el Comité de Seguridad es corta, como 400 metros, pero como las bolsas eran pesadas, a cada rato tenía que detenerme y dejarlas en el suelo, sobre un charco de agua, descansaba o tomaba un respiro, después reanudaba la marcha y llegaba allí, al local nuestro, donde se repartía de acuerdo con las indicaciones: 60.000 para éstos, 80.000 para otros, 400.000 para terceros.

—¿Eran dólares físicamente, billetes?

—Sí, dólares en billetes.

—¿Cómo lo sacaban de la Unión Soviética y cómo era la entrega a los partidos destinatarios?

—Primero teníamos que quitarles a los billetes todas las señas que indicaban su procedencia... Eso lo hacíamos en el edificio de la Inteligencia, luego les colocábamos cintas traídas de los países de ustedes, y los volvíamos a empaquetar. El dinero se empacaba en la valija diplomática y se enviaba con los funcionarios diplomáticos al país que correspondía. Una vez en el país de destino el oficial de Inteligencia encargado...

—¿El residente?

—No, el residente no. ¿Para qué sacrificar a un residente? Al contrario, alguien menos visible, un ratoncito gris que no provoque sospechas. Luego, una noche, en el momento y el lugar acordados, se entregaba el dinero...

—¿Había que firmar un recibo?

—El recibo era necesario porque éramos oficiales de Inteligencia, y en estos casos éramos muy pulcros.

Ahora bien, casi siempre era una operación momentánea, no en una comida en un restaurante o café, sino en un lugar cerrado, poco habitado... Se entrega el paquete, se le pone la firma al recibo y con eso termina la operación.

—¿Era una operación peligrosa?

—Era peligrosa en algunos países de América Latina en los que no teníamos embajada.

—¿Lo fue Chile en gran parte de ese período?

—Sí, en gran parte de ese período, así como también era peligrosa en algunos países de Centroamérica. Pero en todos los años que trabajé

supe de un solo caso en que el mensajero que traía el dinero fue descubierto en la aduana con muchos fajos de dólares.

—¿Fue en Chile o en otro país?

—Fue en otro país. El muchacho que transportaba el dinero resultó tener mucha fibra. En estos casos, claro, ellos elaboran lo que se llama “la leyenda”, es decir, la explicación de la procedencia del dinero. Este muchacho contó la historia de que había vendido una granja agrícola, heredada de algunos parientes... Aunque recibió una paliza tremenda y estuvo cerca de un año en la cárcel, logró salir y el tribunal, la corte, le restituyó el dinero, el que después devolvió al Partido. Fue asombrosa la conducta de este mensajero que cumplió su papel, aunque pasó momentos muy duros.

Muchas veces se pregunta de dónde salía ese dinero, quién lo daba. Procedía del Banco del Estado de la Unión Soviética, como ya expliqué. Aunque, realmente, el dinero provenía de nuestros propios salarios, de nuestros salarios de comunistas, de militantes del Partido Comunista soviético. Porque si calculamos que en aquel entonces había cerca de 300 mil comunistas que trabajaban en el extranjero, entre diplomáticos, periodistas, especialistas militares, civiles, marineros de la flota, etc. —porque ser comunista era casi una condición para salir al exterior—, y como cada uno aportaba el 2% de su sueldo en divisas al partido, a su comité del partido, lo que era más o menos 10 dólares por persona, entonces por este concepto se reunían cerca de 3 millones de dólares. Esa cantidad, como mínimo, porque el sueldo de algunos era de 500 dólares, pero el de otros era 1.000 dólares o 1.500 dólares. También había algunos que trabajaban en la banca, porque tuvimos varios bancos en el extranjero, en Francia, en Londres, y ahí los comunistas tenían el sueldo de un banquero.

—¿Qué piensa usted de las memorias que ha escrito Shevchenko, el agente que estaba en las Naciones Unidas* y desertó a Estados Unidos?

—Lo conocí personalmente y me da un asco profundo. Antes de leer las memorias de Shevchenko leí las Memorias de la tal Mary Chávez, esa prostituta que le puso ahí la CIA, una puertorriqueña, y después de leer esas memorias se me quitaron las ganas de leer las de Shevchenko. Fue un personaje muy negativo, muy negativo.

—¿Y Gordievsky, aquel que desertó en Gran Bretaña y que ahora está trabajando en Cambridge...?

—Sí, publicó un libro en conjunto con los ingleses, creo que su coautor se apellida Andrew. Tengo ese libro en casa. Me lo mandaron mis

* Shevchenko llegó a ocupar el cargo de Subsecretario General de la ONU. (N. del E.)

compañeros porque ahí habla de mí y, bueno, la gente dice: “¿Cómo estás tú aquí?” Nunca conocí a Gordievsky, ni él tampoco a mí, porque él trabajaba en Europa del Norte y yo en América. De pronto, sin embargo, habla de mí, explica mi papel en la Inteligencia y me atribuye cosas que no merezco. Esto me dejó en claro que él no es el autor del libro. Este libro fue escrito por la Inteligencia británica; él dio su nombre, nada más. Bueno, esa es una forma de mantenerlo, de pagarle, de justificar los gastos. El libro está lleno de material que en gran parte es verídico, y en algunas partes, como siempre, se dicen mentiras y, claro, siempre hay veneno anti KGB, anti Inteligencia, es lógico.

...Los traidores nunca fueron una fuente de información para mí, lo digo de verdad, fuesen de un lado o de otro. El traidor es traidor; siempre trata de justificarse, antes que nada para aliviar su conciencia.

—¿Y Philby ?

—No, ése es un caso muy distinto. Philby era miembro del famoso quinteto de Cambridge y ellos nunca entraron en contradicciones consigo mismos. Ingresaron a trabajar atraídos por la ideología, no eran mercenarios. Y así fue hasta la muerte, siempre. Yo les reconozco integridad personal; que uno pueda estar equivocado o no, eso es otra cosa...

Pero no es así con gente como Shevchenko, que era amigo íntimo de Andrei Gromyko, se pasaba la vida en su casa, era amigo de su hijo. Hizo su carrera protegido por el ala todopoderosa de Andrei Gromyko y, de pronto, cuando lo recogieron en un prostíbulo ahí, en Nueva York, temeroso de que allí acabara su carrera, cede ante la CIA. Eso es inaceptable.

—¿Y a Pinkovski, en qué categoría lo pone?

—Se publicó un libro sobre él: *El espía que salvó la paz*. La radiografía de este personaje no está muy clara. Pero sí, él es más consecuente. Desde el primer momento en que se ofreció para ser reclutado dijo que era enemigo del régimen soviético y lo reiteró hasta el fin. Incluso cuando fue juzgado en la URSS, reconoció que él servía a los intereses de otro Estado por enemistad con el régimen soviético. Sin embargo, creo que eso era una especie de escudo en el que él escondía sus debilidades humanas.

—¿Un escudo sicológico?

—Sí, un escudo sicológico. Para él mismo era mejor ponerse esta coraza de enemigo ideológico. Porque la verdad es que nunca se reveló como enemigo ideológico en su vida normal, como teniente del ejército soviético. Él siempre fue un militante dócil y obediente del Partido Comunista. Después, para pantallarlo, lo ascendieron a general del ejército, pero ya estaba bajo la observación de la Contrainteligencia.

En las relaciones que tenía con sus guías norteamericanos e ingleses, porque lo dirigía un grupo mixto, casi siempre pedía dinero en grandes cantidades. Era mujeriego y le gustaban los regalos caros. Claro, si vamos a juzgar por sus pasos concretos, lo que lo ataba, en el fondo, era el interés material, y los que están atados a esos intereses se preocupan de qué cargo van a tener después ahí, en el ejército norteamericano; pedía que le enseñaran el uniforme de coronel que le habían prometido... Eran cosas de vanidad, debilidades humanas. Pero ese escudo de enemigo ideológico lo mantuvo hasta la muerte.

—*Los archivos del Estado soviético, al parecer, fueron abiertos por un tiempo en Rusia, y luego se cerraron. ¿Qué hay de cierto en eso? ¿Qué acceso hubo a ellos?*

—Hace tiempo que no trabajo en los archivos. Pero sé que los archivos del Estado se abrieron al principio y fueron cerrados después por orden de Yeltsin. No sé qué razones tendría Yeltsin para hacer eso. Una de ellas pudo ser que se comenzaron a vender documentos de los archivos para el exterior. El comienzo de la corrupción en la sociedad...

El archivo del KGB está parcialmente abierto. Todo lo que está relacionado con las represalias, las purgas, está abierto. Si sus parientes, por ejemplo, fueron víctimas o sufrieron por esas causas, pueden pedir la documentación ligada con el caso y usted la recibirá toda. Si aún queda algún vestigio material u objetos personales, se los entregan a los familiares.

Los archivos de la Inteligencia se conservan en perfecto estado. Desde 1918 hasta ahora están completos, no se ha tocado nada, pero no están abiertos al público. Hubo gente que con permiso directo de Yeltsin, o de sus ayudantes, accedió a estos archivos, como aquel general ex jefe del Departamento Político del Ejército, que había sido un comunista furibundo y que el primer día de la revolución democrática se hizo furibundo democrata. Él —se me escapó el nombre*— escribió dos libros, uno sobre Lenin y otro sobre Stalin. Él sí, con permiso de Yeltsin, entró al archivo de la Inteligencia para consultar el caso de Trotsky.

—*Porque tengo entendido que Gordievsky consiguió permiso para acceder a los archivos, aunque no sé si fue al archivo de la KGB o a otros, y los habría escaneado...*

—Durante los primeros días de la vorágine del golpe de Estado, porque realmente fue un golpe de Estado, se paralizó todo el aparato del Estado. Estando yo en mi despacho de jefe del Departamento de Análisis e Información del KGB, el día 22 de agosto, en la mañana, salgo y me

* Se refiere al general Dimitri Volkogonov. (N. del E.)

encuentro cara a cara con Kalugin, ese general traidor, mendigo sucio... Venía acompañado de un grupo de cinco o seis periodistas norteamericanos, abriendo prácticamente a patadas las puertas de los despachos y exigiendo que les enseñaran los papeles. Me enfrenté a él y le dije: 'Por favor, oye, tú sabes que somos viejos servidores del Estado y tú no entras con esa gente a mi despacho. El día de mañana, cuando yo ya no esté aquí, podrán hacer lo que les dé la gana, pero hoy no'. Bueno, yo tenía un arma conmigo, al lado, claro... Entraban al edificio sin salvoconducto, sin nada....

—*General, quisiera llevarlo a otro tema, usted evidentemente conoció a Yuri Andropov: ¿tenía él, como Secretario General, algún plan maestro para la Unión Soviética, una perestroika o un modelo similar al chino, la idea de impulsar un cambio limitado, o era otra forma de mantener el sistema de Brezhnev un poco más renovada? ¿Alcanzó usted a percibir algo en él?*

—Es difícil meterse en el cerebro de Andropov, pero creo que en algunas observaciones usted tiene razón. Él estudiaba con mucho cuidado el experimento chino, muy detalladamente. Tenía dos ayudantes que estaban entre los mejores sinólogos de la Unión Soviética. Los escogió de la prensa, de la Academia de Ciencias, para que entrasen a trabajar en el Comité de Seguridad de Estado [KGB]. Enseguida les dio el rango de coroneles, pero eran grandes científicos que conocían China.

Básicamente, la idea de Andropov era hacer cambios paulatinos de democratización del país, introducir de manera gradual elementos de la economía de mercado para mejorar la estructura económica, pero sin perder nunca las riendas de la dirección del país. Siempre decía que nunca permitiría la oposición organizada. La opinión libre de la gente, sí, claro; pero no un partido político. Creo que no habría aceptado la idea de permitir una fuerza política que representara una amenaza para el régimen del país. Lo mismo que en China, más o menos: dar ciertos espacios de libertad, pero no permitir una oposición organizada.

Andropov era muy liberal, tenía un criterio muy amplio. Conocía mejor que nadie la situación dentro del país porque él recibía información fehaciente de todos los núcleos que tenía el KGB en cada república, en cada región. Nunca tomaba decisiones bruscas; no era un hombre arbitrario y siempre consultaba lo que quería hacer. Cuando tenía algún caso grave, siempre consultaba, como yo les comenté antes sobre el caso del préstamo a Chile. Pero también había otros casos, como Irán, China... Cuando venía a la sede de la Inteligencia, que está muy lejos del centro de Moscú, como a veinte y tantos kilómetros, donde también tenía su despacho permanente, y citaba a los expertos, a los especialistas, no escatimaba tiempo: las reu-

nes duraban dos, tres horas para llegar a una conclusión. Era, quizá, más inteligente, más preparado que el resto de sus colegas del Buró Político. Pero cuando asumió como Secretario General nosotros sabíamos que estaba mortalmente enfermo de los riñones y pensábamos que no viviría más allá de un año. Se hizo todo lo posible por él, incluso se le trajeron del extranjero diferentes frutas que recomendaban los médicos, con mucha acidez especial, pero su enfermedad estaba demasiado avanzada. Desgraciadamente, además, fue el gobernante que llegó al puesto cumbre del país a más avanzada edad.

—¿Y Chernenko?

—Andropov asumió primero que Chernenko. Es más, Chernenko fue quien sugirió la candidatura de Andropov cuando murió Brezhnev, por miedo de que lo fueran a expulsar mañana mismo por viejo y por enfermo...

—*Porque Chernenko era el heredero de Brezhnev...*

—Sí, Chernenko era el heredero. Pero era bastante astuto y apresuró enseguida todo y dijo: 'Propongo al compañero Yuri Andropov como Secretario General'. Aplausos. Y así asumió Andropov.

—*Da la impresión de que usted piensa que pudo haberse evitado completamente el proceso que hoy vive Rusia y que cree firmemente que otro líder pudo haber mantenido la Unión Soviética.*

—Absolutamente. Estoy seguro de que el descalabro de la descomposición del país y de los acontecimientos de los últimos siete años no era el camino predestinado, inevitable. Al contrario, lo que pasa ahora en Rusia es culpa de nuestros líderes.

Por lo demás, en Rusia siempre estamos discutiendo esto. Al leer mi diario de aquellos años me encuentro con la siguiente pregunta, dirigida a mis compañeros: '¿Las debilidades objetivas, inherentes al socialismo como sistema, son consecuencia de la doctrina o consecuencia de las fallas del elemento humano?' Este tema siempre ha estado en discusión, y casi siempre llegamos a la conclusión de que nuestros males son consecuencia del papel que juega el individuo en la historia del país. El papel del individuo, sobre todo en Rusia, ha sido muy grande, demasiado... La teoría, la práctica, la doctrina, significan mucho menos. Por eso nosotros no hablamos de la historia del comunismo, sino de Lenin, Stalin, Jruschov, Brezhnev, Gorbachov, Yeltsin. El papel del individuo es algo desastroso.

En cambio ustedes aquí, en Occidente, en Estados Unidos y en Europa tienen un desarrollo más estable, gracias al andamiaje de las diferentes organizaciones democráticas. Es lógico. En Chile, me explicaban hoy, el sistema jurídico y la estructura del Estado no cambiaron cuando

asumieron los militares. Siguió funcionando, por ejemplo, la Contraloría General. Salió Pinochet y asumió otro gobierno, pero las leyes siguen siendo las mismas. No ocurre así en mi país: cada vez que llega al poder alguien es una catástrofe de tamaño casi geológico; un verdadero cambio de época...

—*Permítame volver atrás en el tiempo. En su exposición de ayer usted le atribuyó una enorme importancia al Medio Oriente durante el período de la guerra fría. Usted sostuvo que la Unión Soviética había hecho allí un esfuerzo muy serio, consistente, y dio la impresión de que el fracaso del famoso complot de los cocodrilos había significado la pérdida de una oportunidad de gran trascendencia para el poderío soviético. ¿Podría explicarnos un poco cuál era la estrategia y cuáles eran las expectativas que había respecto del Medio Oriente? Visto con los ojos soviéticos de la época, ¿qué habría sido considerado un éxito, qué era lo que se perseguía, una victoria árabe sobre Israel, por ejemplo?*

—Una victoria sobre Israel, desde luego, dentro de los límites del Derecho Internacional: quitarle a Israel lo que Israel les quitó a los árabes en 1967. Al fin y al cabo, el restablecimiento de un Estado palestino independiente es la espina que está en el corazón del problema...

—*Supongamos que eso se hubiera conseguido, ¿qué ganaba la Unión Soviética con un Estado palestino?*

—Básicamente, claro, nos guiábamos por la idea de que el destino de la confrontación mundial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, entre el capitalismo y el socialismo, se resolvería en el Tercer Mundo. Ésa era la premisa básica. ¿Y cuál era la zona más vulnerable y cercana a la Unión Soviética en el Tercer Mundo, la más prometedora en el sentido estratégico, económico, demográfico? El Cercano Oriente. Aquí había una riqueza enorme en petróleo y sabíamos el valor que éste tenía para el futuro. La retórica socialista que usaban todos los líderes árabes avivaba esta hoguera de ilusiones. En Siria, en Irak, estaban en el poder los partidos socialistas, los famosos 'baathismos', el socialismo árabe, ¿verdad? El gobierno egipcio tenía más o menos la misma orientación, de manera que se sentía que había ahí cierta similitud ideológica. Algunos países más cercanos ya estaban enfrascados en un conflicto con Estados Unidos. El conflicto árabe-israelí evidentemente pone una línea divisoria: los países árabes son aliados naturales de la Unión Soviética, mientras que Israel está jugando al lado de Estados Unidos.

* Se refiere al partido Baas, importante fuerza política socialista en Siria, Irak y otros países del Medio Oriente después de la segunda guerra mundial. (N. del E.)

Estratégicamente hablando, la victoria era segura, porque los árabes son muchos. Israel sigue siendo una pequeña franja; además, ante los ojos de todos sigue siendo un agresor, porque siempre pega y pega. Así que, basándose en eso, se crea la idea estratégica de que la victoria en el Tercer Mundo se puede alcanzar con más probabilidades en el Medio Oriente, y con menos recursos. Y comienza el trabajo para acercarse a ellos. Éste se inicia, creo, fundamentalmente con Jruschov en el año 1956, cuando Jruschov, un hombre muy impulsivo, voluntarioso, se pronuncia en favor de enviar voluntarios soviéticos a pelear del lado de Egipto. Claro, era una intervención militar, porque lo que nosotros llamábamos voluntarios podían ser unidades regulares... ‘Voluntarios chinos’ en Corea, voluntarios dondequiera: un eufemismo. Después, cuando se declaró el boicot al canal de Suez, enviamos a nuestros prácticos para que reemplazaran a los europeos que abandonaron el servicio del tráfico marítimo. Empieza la amistad con Nasser y comienza nuestro envío de consejeros militares y armamento. Paralelamente sucede lo mismo en Siria, en Irak. De modo que llegamos a tener una presencia bastante fuerte en la zona.

En la Inteligencia nosotros veíamos esto con cierta cautela, recordando siempre que los ingleses desconfiaban de los árabes, así como su famoso dicho: ‘Aquel que se apoya en el bastón de la fidelidad del árabe verá cómo se le incrustan las astillas de ese bastón el día en que el árabe lo traicione’. Pero los militares, claro, estaban muy a favor de una intervención más profunda, ya que ellos estaban buscando puntos de apoyo para nuestra armada en el Mediterráneo, algún puerto —Alejandría, Argel...— para reabastecerse de agua, de comida o, en algunos casos, cambiar tripulación.

El poderío convencional de los barcos soviéticos no era comparable con el del de la armada de Estados Unidos, pero llega el momento en que aparecen los cohetes nave-nave, o agua-agua, con ojivas nucleares, y desaparece esa superioridad: la situación se equipara. Estados Unidos lo sabía perfectamente. Por eso se desarrolla una lucha que dura largo tiempo, desde 1956 hasta 1972. Son casi 16 años en este continuo tira y afloja hasta que se produce el complot de los cocodrilos. Porque dentro del mundo árabe también se desarrolla esta lucha entre tomar un camino más radical, socialista, como estaba de moda en aquel entonces, o alinearse con Estados Unidos. Por eso surge en Egipto esa escisión interna en la jefatura del país. Una parte muy influyente, casi todo el gabinete, está en favor del socialismo, y el Presidente Sadat en favor de Estados Unidos. Es entonces que ellos nos ofrecen que apoyemos el complot, el golpe de Estado. Nosotros nos mantenemos callados, Sadat gana tiempo, los detiene, los mete a la cárcel y Egipto se alinea con Estados Unidos.

—¿Por qué no los apoyaron en ese momento?

—Ya con Brezhnev había otra mentalidad y no estábamos dispuestos a involucrarnos. Recuerdo que en 1975 elaboramos en la Inteligencia un documento analítico sobre la geopolítica soviética. La idea básica del documento, que provino de la oficina que yo dirigía, era que la Unión Soviética no podía permitirse el lujo de ensanchar más y más la zona geográfica de su influencia. Para esa época ya estábamos en Angola, en Mozambique, teníamos intereses en Etiopía, y nuestros recursos políticos, económicos y militares estaban agotados. Entonces planteamos la alternativa de reducir nuestras obligaciones en el mundo: no apoyar más a ningún movimiento del tipo socialista. Porque muchos se decían socialistas para recibir ayuda y nada más. De pronto hay un golpe de Estado en Dahomey, se declaran socialistas y al día siguiente te piden ayuda. ¡Pero, caramba, ahí no había nada...!

—Se comenta que un historiador norteamericano le dijo en una ocasión a un coronel chileno que los militares en Chile habían cometido un serio error, que en vez de estrellas doradas se tenían que poner estrellas rojas, así los soviéticos correrían a ayudarlos y los norteamericanos, desde ese mismo instante, dejarían de criticarlos...

—Recuerdo que nosotros poníamos como ejemplo el imperio británico. Decíamos, miren, los británicos conservaron los puntos clave para mantener el control sobre enormes espacios estratégicos: Gibraltar, Malta, Suez, Aden, Singapur... Nuestra sugerencia fue sencilla: en lugar de Egipto, un país lleno de conflictos y de posibles traidores como Sadat —quien en 1972, de golpe, en una sola noche expulsó a todos los consejeros soviéticos y violó todos los acuerdos firmados—, escoger de entre los países árabes un país pequeño, el más marxista de todos...

—Aden...

—Aden, exacto: Yemen del Sur. Concentrar ahí los pocos recursos que teníamos. Controlando Aden teníamos salida al océano Índico, un puerto para la armada en caso de emergencia, podríamos cortar el camino que va de Europa a la India, si fuera necesario. Además, de ese pequeño Estado, casi sin enemigos y rodeado de mar y del desierto, podríamos hacer una especie de Cuba. En cuanto a Yemen del Norte, se lo podría conquistar o acordar una paz con ellos. La población de Yemen del Sur no llegaba a dos millones de habitantes; además tenían petróleo, una planta refinadora. Es decir, lo que necesitaban era agua para desarrollar la agricultura, porque ahí todo se da perfectamente bien.

Ésa era la idea, no tomar grandes espacios sino cuatro países árabes y mantenernos ahí. Le enviamos el informe a nuestro jefe Andropov, por-

que no podíamos brincar al Comité Central por encima de Andropov. El informe tenía como 30 páginas. Andropov lo leyó y dijo que era interesante pero muy extenso, así que lo redujimos a cerca de 10 páginas. Lo volvió a leer y nos dijo: 'Bueno, pueden dejarlo todo, pero tachen las sugerencias; lo de Yemen del Sur, eso hay que eliminarlo. Que quede simplemente como un informativo, sin recomendación'. Muchas veces nos decían que no debíamos tratar de enseñarles cómo manejar y administrar el Estado, que nos limitásemos a informar. En fin, eliminamos la sugerencia, pero el documento regresó a nuestra oficina sin la firma de Andropov, y así murió nuestro análisis sobre este tema de geopolítica que nosotros llamábamos 'La novela del siglo'. Porque para que a un documento se le diera curso formal debía tener la firma de Andropov, luego se le asignaba su número de expediente, y a veces, después, incluso podía llegar la respuesta del Comité Central...

—¿Cuando usted habla del Comité Central se refiere al Politburó o al Comité Central?

—Cuando nos referimos al Comité Central en su capacidad de tomar decisiones, entonces es el Buró Político. El resto del Comité Central no significaba nada. El Comité Central estaba integrado por los jefes de los partidos de todas las repúblicas, que se reunían una o dos veces al año. Pero lo que funcionaba realmente en Moscú era el Buró Político, y no todo, porque muchos de los jefes regionales, como los de Ucrania, Kazajistán, que eran miembros del Buró Político, no eran llamados a Moscú a cada rato. En Moscú estaban sólo aquellos que conformaban el cerebro del país: es decir, el Secretario General, el Secretario de Asuntos de Organización, el Secretario de Asuntos de Ideología (primero Suslov; después Andropov), el Ministro del Exterior, el Ministro de Defensa, el presidente del KGB, que eran los que trabajaban siempre en Moscú y tomaban las decisiones básicas en asuntos de política exterior y de carácter militar.

—Pero, aparte de tener un pie militar en la zona, ¿no se buscaba lograr cierta influencia en el mundo árabe, un acceso al poder económico que estaba concentrado ahí, poder manejar el peso del petróleo?

—Desde luego existía ese interés, y en algunos casos eso explica las medidas concretas, incluso ahora, por ejemplo, en el caso de Irak. Irak nos pagaba todas sus deudas —de adquisición y mantención de armamento— con petróleo, el que después revendíamos en los mercados mundiales. Además, firmamos con ellos contratos que nos garantizan el derecho de explotar gran parte de las reservas petroleras de Irak. Por eso, todo lo que ahora ocurre alrededor de Irak es en gran parte dirigido contra la Rusia actual: no permitir que Rusia explote ahora estos yacimientos...

—*Que pertenecen legalmente a Rusia...*

—Hay importantes yacimientos de petróleo en territorio iraquí que pertenecen legalmente a Rusia. Francia también tiene derechos ahí... Pero el bloqueo de Irak no permite a Rusia hacer este tipo de exploraciones. Los Estados Unidos, muy tranquilos, ¿verdad?, hacen tempestad en el desierto y otras cosas...

—*¿No es paradójico que la invasión física de Kuwait se produce en los mismos días en que se reúne el Pacto de Varsovia para disolverse?*

—Sólo fue coincidencia histórica, nada más.

—*¿Pero la Unión Soviética no advirtió a Irak, o no tenía capacidad de influir sobre Irak en ese momento, en julio o agosto del 1990?*

—Sadam Hussein no le avisó a la Unión Soviética que iba a atacar Kuwait.

—*¿Pero ustedes no sabían, no se daban cuenta de la maniobra?*

—Como les decía antes, nosotros veíamos con cierto cuidado a nuestros 'aliados' árabes. Con ellos teníamos tratados de amistad, de entendimiento mutuo y consultas; lo previsto. Pero ellos nunca consultaban nada con la Unión Soviética. Hubo casos dramáticos. Un día Siria lanza sus tanques contra Jordania, pero lo sabemos al día siguiente, cuando ya había comenzado la invasión. Cuando las discrepancias entre Siria e Irak llegaron en cierta ocasión a un punto álgido y los sirios querían bombardear las centrales eléctricas en el río Tigris, nosotros sólo lo supimos por medio de la Inteligencia y, claro, tuvimos que intervenir para que no lo hicieran: 'Nosotros construimos esta represa y ahora ustedes, con nuestros aviones y bombas, van a destruirla. ¡Qué relajo!'

Ellos nunca nos consultaban sus decisiones. Irak no nos avisó que comenzaba la guerra contra Irán, la famosa guerra de diez años. Comenzó sin aviso ninguno. El ataque a Kuwait, ni qué decir... Ninguno le informaba a la Unión Soviética por miedo de que lo fuesen a detener, de que le dijeran 'no'.

—*Usted sugirió ayer que había sentido en algún momento de ese período, hacia 1975, o por esos años, que en términos de influencia territorial la Unión Soviética comenzaba su repliegue.*

—Es verdad. Les dije que considero el año 1975 como el límite divisorio: termina el ascenso y comienza el eclipse. Y por varias razones: primero, ese año Brezhnev sufre el primer paro cardíaco, ya es un hombre moralmente liquidado. En general, Brezhnev era una persona muy mediocre, detrás de él siempre estaban los que manejaban los hilos, sus 'Suslov'. Porque Mijail Suslov, en verdad, era un personaje muy oscuro, muy conservador, muy dogmático; fue él quien llevó a Brezhnev al poder, era el

segundo a bordo, el Secretario del Comité Central, miembro del Buró Político, que respondía por el frente ideológico. En su calidad de ideólogo, era como una suerte de arzobispo-cardenal comunista dentro del aparato. Así que Brezhnev, sin ser un personaje brillante, pierde la mitad o más de su capacidad de liderazgo. Y a partir de 1975 hacia adelante se entra ya en un período de descomposición del aparato del Estado. Es decir, la gente sabe que el líder ya no maneja la situación y cada uno arregla las cosas como le parece. Se hace aquí patente la comparación con la naranja que hice en mi exposición de ayer: cada ministro toma lo suyo, y el país en sí pierde fuerza porque era un Estado centralizado.

Muere Brezhnev y llega Andropov, pero enfermo. Luego llega Chernenko, también enfermo. Después asume Gorbachov, que no es un líder, y por último llega Yeltsin, el destructor. Es decir, no teníamos un líder de estatura nacional. Ésa fue la primera conclusión a la que arribé al saber la noticia de la enfermedad de Brezhnev.

Segundo, sabíamos de las limitaciones económicas que se nos avecinaban, en dinero, en recursos materiales. Cuando comenzamos a ser dependientes del mercado internacional en materia de alimentos, cuando tuvimos que importar grano, la situación se convirtió en algo escandaloso. Era una herida por la que salían de nuestros bolsillos de tres a seis mil millones de dólares cada año.

—¿Por ahí se escurrieron los recursos del petróleo?

Gran parte de los recursos del petróleo se gastaron de una forma escandalosa. Si usted va ahora a Rusia puede verificar que ese dinero se gastó en suntuarios. Se comenzaron a importar cosas que nunca antes se nos habría ocurrido importar: muebles, aparatos de aire acondicionado..., se compraban las cosas más increíbles. La abundancia de dinero creó en un momento una irresponsabilidad tremenda.

Recuerdo que tengo anotado en mi diario que en un informativo secreto se decía que se habían comprado, por decisión de la jefatura política, ocho o diez millones de dólares de sostenes para mujeres, con una armazón de no sé qué rayos. Por la “construcción del socialismo” tuvimos que comprar esos sostenes especiales con armazones, y se gastaron en eso millones de dólares...

—¿En qué año empieza a ocurrir esto?

—Cuando comienza el alza del petróleo, 1973, 1974, 1975. En 1975 ya levantamos nuestra voz de alarma.

—¿Entonces Afganistán viene a ser como una maldición?

—Eso fue en 1978. En todas las regiones, en Rostov, Murmansk, dondequiera, entre 1974 y 1976 comienzan a construirse nuevos edificios,

muy lujosos, como sedes de los partidos, con materiales traídos del extranjero. Así se gastaron cantidades de recursos en bienes que no producían nada. En realidad, nosotros sabíamos que por nuestras importaciones teníamos que pagar mucho más de lo que ganábamos con el petróleo. Por otro lado, la situación de la agricultura empeoraba cada vez más, el ritmo de crecimiento de la industria bajaba y las dificultades dentro del campo socialista aumentaban. A su vez, ya estaba en el trasfondo Checoslovaquia y también estaba presente el fenómeno polaco. Tuve que hacer casi 15 visitas a Polonia para detectar el nivel del calentamiento de la situación. Teníamos discusiones muy amargas con Andropov, cuando yo le decía que la suerte del socialismo en Polonia estaba casi sellada...

—*¿Esto era antes de Solidaridad o una vez que había estallado el conflicto?*

—Antes y después, porque este proceso comenzó con Gomulka. En 1980 comenzó la fase aguda de crisis.

—*¿Cuándo lo detectaron ustedes?*

—La Inteligencia lo presintió un poco antes, por lo menos. Cuando iba a Polonia un comunista ortodoxo como yo, fiel servidor, colocaba en su informe que Polonia era un país diferente de la Unión Soviética, porque ahí la Iglesia tenía un poderío enorme, ideológico, sobre la población, que superaba muchas veces la influencia del partido y de la ideología comunista. Segundo, en ese país no existía el socialismo en el sector agrícola. Todo el campo estaba en manos de pequeños propietarios, que eran la base del desarrollo de la agricultura polaca, y el pequeño propietario tiene otra mentalidad, no puede ser un comunista fiel a los reglamentos que se le dan. El único lugar donde había koljoses o comunas era en los territorios que habían sido ganados a los alemanes en la segunda guerra mundial, pero no era más allá del 15% del territorio del país. Ahí no había pequeños propietarios por miedo a que un día llegasen los alemanes y los castigasen por haber tomado sus tierras.

Además, Polonia era formalmente un país democrático y había varios partidos políticos. En Rusia existía solamente el Partido Comunista, pero en Polonia estaba el Partido Democrático, que representaba a los pequeños propietarios de las ciudades; otro era el partido del agro, no me acuerdo de su nombre... Es decir, ya había cerca de tres o cuatro partidos, aunque medio somnolentos, ¿verdad?, tranquilos, pero legales. Digo ya, porque ya existía, por lo tanto, un aparato que mañana mismo podía inflarse y todo se acababa. Lo mismo sucedió en todos los países socialistas donde había varios partidos. Nosotros incluso usábamos la expresión 'socialismo inconcluso' para referirnos a Polonia. De acuerdo con la noción de

socialismo que tenía nuestro Comité Central, en Polonia no había socialismo. De modo que esas preocupaciones eran permanentes y en 1975 ya era evidente que entrábamos en un período de grandes problemas dentro del campo socialista.

Ya no hablo de China, que después de la visita de Kissinger estaba más y más lejos. Tuvimos fuertes discusiones sobre nuestra táctica a seguir en el conflicto con China, lo describo en mi libro con detalles, porque en Moscú se dividió en dos el *establishment*: por un lado estaban las ‘Palomas’, y por otro los ‘Gavilanes’. Estos últimos, los Gavilanes, eran partidarios de adoptar medidas drásticas respecto a China. Hasta surgió el plan —no sé si era real, no lo vi en papel, pero sí oí que se discutía; me parece que el autor era el mariscal Kulikov— de la ‘decapitación atómica’ de China —y que trascendió, al parecer, no sé por qué caminos—, de dar un golpe a las instalaciones donde se producía el material fusible, en los lugares de extracción de uranio. Si se llegó hasta eso, imagínense el nivel de psicosis imperante.

—Ayer usted mencionó que en estos incidentes fronterizos hubo en algún momento bombardeos soviéticos sobre el territorio chino, ¿qué magnitud tuvo eso y cuánta gente murió?

—Eso se produjo a raíz de los acontecimientos en la isla Damanski, era en otoño, bien avanzado el año 1969. Se trató de un conflicto fronterizo debido a una discrepancia en la interpretación del tratado firmado en 1860 con China, el Tratado de Pekín. Los mapas de este tratado estaban muy mal hechos. Tanto los rusos como los soviéticos consideraban que todo el espacio fluvial pertenecía a Rusia. Para nosotros, la frontera pasaba por la orilla del río, pero los chinos interpretaban este mismo tratado como que debía pasar por el *thaweg*, es decir, el lugar más profundo del río.

Los chinos invaden, entonces, una de las islas cercanas a la costa china, la isla Damanski, la cual, de acuerdo con nuestra interpretación, es nuestra, y, según los chinos, es de ellos. Cuando los chinos ocupan la isla se presentan nuestros guardafronteras y, mientras estaban hablando con los representantes chinos, surge una fila de chinos formando como una cortina, de pronto la cortina se abre, aparecen soldados chinos con metralletas y matan a quemarropa a todos nuestros guardafronteras, como a ocho o diez soldados y un oficial. Claro que los rusos se enfurecieron y enviaron enseguida tanques, lo que tenían a mano, que era poca fuerza, pero lo mandaron ahí. Comienza la batalla. En la primera escaramuza, me parece, los chinos hunden un tanque nuestro, porque el río estaba congelado y la explosión del hielo hizo que el tanque se hundiera. (Claro que los chinos dijeron después que ellos habían quemado el tanque; lo sacaron del fondo del río y

ahora lo tienen en Pekín como trofeo.) Pero los rusos, claro, enviamos refuerzos, porque cualquier enfrentamiento en la frontera con China es desventajoso para nosotros en términos de población; en China, en cambio, el factor humano es ilimitado. Entonces llegó ahí la artillería lanza cohetes. Se usaron lo que llamamos ahora 'granizos', con 24 proyectiles cada uno, y se dio un golpazo tremendo en el territorio chino. Por las intercepciones de radio oímos que los chinos lamentaban gran cantidad de pérdidas, las que se contaban por miles, porque ellos habían traído una o dos divisiones, y de pronto cayó sobre ellas una llovizna de proyectiles, de 152 milímetros cada uno, una cosa espantosa, Dios nos guarde de eso. Y se termina el conflicto, porque nos quedamos con Damanski; pero comenzó una histeria más y más antichina.

Después tuvimos que invertir miles de millones de rublos para crear nuevos puntos de resistencia, líneas defensivas. Yo pertenecía al campo de las Palomas, decía que eso era inútil, porque todas estas guerras eran producto o repercusiones de la lucha intestina en Pekín entre los grupos de Mao Tse-tung y Chu En-lai, entre los pragmáticos y los ortodoxos, y cada uno estaba buscando crear una especie de tirantez. Pero los recursos se gastaron de todos modos. A mi juicio, sin embargo, la única forma de defendernos contra China, hasta ahora, estoy seguro, son las armas nucleares; todo lo demás es inútil.

—*¿Tenía China, al igual que la Unión Soviética, una red de partidos afines en otros países, a los cuales apoyaba económicamente y con los cuales mantenía vinculaciones?*

—No puedo asegurarlo, porque tuvimos una brecha insalvable en nuestras fuentes de información en China. Cometimos allí un tremendo error por razones políticas. Durante los años 1930, 1940 y principios de 1950 tuvimos una red de fuentes de información muy extensa y bien formada en el territorio chino, es decir, durante los años de la guerra contra Japón. Cuando triunfa la revolución en China, Mao Tse-tung va a Moscú, encuentro con Stalin, canciones por todos lados, rusos y chinos hermanos para siempre, y, en un arranque de esta bondad ilimitada, nuestros dirigentes deciden entregar a los chinos toda la red de chinos que colaboraban con nuestro sistema de Inteligencia. Nosotros pensábamos que ya se estaba decidiendo el destino de la revolución mundial, de que esta gente que colaboró con nosotros para la liberación de China, para la construcción del socialismo allí, tenían que ser condecorados, tenían que ser héroes de todos. Fuimos un poco idealistas, utópicos, y les entregamos las listas de la

gente que nos ayudó a nosotros y a los chinos a ganar la guerra, a que triunfara el socialismo en China. Todos ellos desaparecieron después...

—¿Todos? ¿Los mataron a todos?

—Los mataron a todos. Y nosotros nos quedamos así sin nuestras redes en China...

—¿Por eso les tomó a ustedes de sorpresa la conexión de Nixon y Kissinger con China?

—Claro, lo supimos, pero por otros medios. Fue sorpresa. Fue sorpresa para los propios chinos: cayó como un rayo. Pero en China siempre tuvimos esa laguna y no sé cómo ellos nutrían a sus satélites o a sus aliados en el movimiento comunista. Sabíamos que eran Rumania, Albania —el Partido Comunista de Albania—, Camboya, algunos países africanos... Pero era una minoría, de todos modos.

—¿Qué papel jugaba en esto Vietnam del Norte?

—Vietnam del Norte era como el gato de Kipling, siempre andaba por su propia cuenta, seguía su propio camino. Es un país cuyo sentimiento nacional fue herido muchas veces por China. Durante los años de la guerra contra Estados Unidos, Vietnam del Norte usó a China, o se aprovechó de ella, pero sin perder nunca de vista sus intereses nacionales. A mi juicio, eran muy cerrados y nacionalistas. Incluso hay anécdotas. En plena guerra con Estados Unidos nosotros enviamos municiones y armas a Vietnam, pero no había otro camino que a través del territorio chino, con quienes estábamos en pugna. El transporte por mar era imposible, porque estaba sembrado de minas cuando comenzó el bloqueo norteamericano [a Tonkin]...

—...En mayo de 1972.

—Pero los chinos acceden a dejar pasar nuestros trenes y, entonces, enviamos los convoyes. Ahora bien, cada vez que les preguntábamos a los vietnamitas si los habían recibido, siempre nos contestaban que sí. Entonces, para comprobar si llegaban o no, comenzamos a darles datos falsos, porque no sabíamos qué parte del armamento se quedaba en China y qué parte llegaba a Vietnam. Por ejemplo, les enviábamos un convoy de treinta vagones y luego les decimos a los vietnamitas que era un convoy de cincuenta vagones. Después les preguntábamos si habían recibido el convoy de cincuenta vagones, y nos contestaban que sí, que habían recibido los cincuenta vagones, cuando en realidad les habíamos mandamos treinta. Siempre confirmaban lo que les decíamos, de modo que era imposible saber cuánto había llegado y cuánto había desaparecido en el camino.

—Usted dijo ayer, general, que los cubanos se habrían volcado hacia la Unión Soviética por los problemas que tuvieron en un comienzo

con Estados Unidos; que las circunstancias habrían llevado a Fidel a tomar esa dirección. La polémica en torno a este tema —si Fidel Castro era o no desde un comienzo comunista o cercano al marxismo— nunca se ha resuelto. ¿Pero no tenían Fidel y Raúl Castro, desde un comienzo, una afinidad mayor con la Unión Soviética?

—Si se revisa el curso de la Revolución cubana durante el primer año, se ve claramente que el primer gobierno es absolutamente burgués. No había un solo comunista. Cuando Fidel entró a La Habana los comunistas le ofrecieron todos sus recursos humanos y políticos para colaborar con él; incluso está la famosa declaración de Blas Roca*, de que estaban dispuestos a disolverse, o lo que fuera, para unirse al proceso revolucionario cubano. Pero eso no se logra materializar por algún tiempo y el partido comunista cubano sigue su camino, con su periódico *Hoy*.

—Mi pregunta era si Fidel Castro no tenía ya alguna cercanía con el pensamiento marxista...

—Él conocía la doctrina marxista, había leído algunas obras del marxismo leninismo, pero en sus primeros pasos, si leemos los decretos que firmó, era el líder de una revolución democrático-burguesa, claro que con un cariz de liberación nacional evidentemente antinorteamericano. Pero la gente que él atrae en su primer gobierno y con la cual trabaja no tenían nada que ver con el comunismo, incluso eran anticomunistas. En ese momento el Che Guevara y Raúl Castro estaban relegados; Raúl estaba en provincia, en el Oriente, y no sé dónde estaba el Che. Los miembros de ese primer gobierno eran demócratas burgueses, o vinculados con Estados Unidos.

La crisis comienza más o menos en mayo de 1959, cuando Fidel, cumpliendo su promesa ante los campesinos de la Sierra Maestra, ante aquellos que le ayudaron a ganar la guerra revolucionaria, proclama la reforma agraria; ahí comienza el proceso. ¿Qué de socialismo tenía esa reforma? Absolutamente nada, porque a los propietarios les dejaron unas extensiones muy grandes de tierra, creo que eran 30 caballerías; una caballería, me parece, equivale a 14 hectáreas aproximadamente. Es decir, la primera Ley de Reforma Agraria dejaba cerca de cuatrocientas hectáreas por propietario, pero eso pega fuerte a los intereses norteamericanos. ¿Es ésa una medida socialista? No. Después la aplicaron los peruanos, también ustedes aquí en Chile. Era una reforma lógica.

Pero se genera una reacción muy fuerte de parte de Estados Unidos, porque caen en esta reforma las plantaciones de azúcar norteamericanas.

* Secretario General del Partido Socialista Popular, que era el partido comunista cubano. (N. del E.)

Surge, entonces, un conflicto dentro del gobierno cubano. El Primer Ministro [José Miró Cardona], el Presidente Urrutia, enseguida plantean el problema que acarrearía la ley. Para Fidel, sin embargo, la reforma agraria era una promesa que había repetido mil veces en las montañas cuando peleaba contra Batista. Además, y para humillar un poco a esta gente, decide que la firma de La Ley de Reforma Agraria se realice en la misma montaña de la Sierra Maestra, y los ministros, con sus botas de charol, deben ir a pie, ahí en el fango, entre campesinos... Una cosa tremenda. Es cuando se produce la crisis dentro del gobierno y Fidel decide tomar un camino radical: deja en pie la Ley de Reforma Agraria y relega a Urrutia. Entonces llama a Raúl, al Che. Es durante mayo y junio de 1959, cuando se está pensando qué camino seguir.

Después, ante cada golpe de Estados Unidos, Fidel se siente obligado a responder; es su sicología. Cuando no le permiten importar petróleo, requisas las refinerías; cuando le bloquean el azúcar, busca un mercado para el azúcar en la Unión Soviética. Pero siempre era una forma de contestación a Estados Unidos. Fue un proceso que duró, como les digo, un año y medio.

Si analizamos el discurso de Fidel durante el juicio por el asalto al Moncada, *La historia me absolverá*, vemos que ahí no se emplea nunca la palabra socialismo. En los documentos del período de preparación del proceso revolucionario nunca se habla de socialismo. La palabra 'socialismo' aparece el 16 de abril de 1961, un día antes de la invasión de la bahía Cochinos. Antes de eso no se hablaba de socialismo; ni tampoco el pueblo hablaba de socialismo. Pero cuando lo amenazan con una guerra —la invasión a bahía Cochinos—, Fidel se decide. Dice que el pueblo lo va a defender. Después del bombardeo, ya estaba seguro de que venía la invasión. Porque Estados Unidos había bombardeado previamente todos los aeropuertos, y fue durante el sepelio de las víctimas de ese bombardeo cuando Fidel dice que el pueblo va a defender su revolución, y que la revolución será *socialista*. Es bajo las bombas norteamericanas, prácticamente, que declara eso. Afirmo esta tesis, por lo tanto, apoyándome en la cadena de los hechos.

Recién en 1965 se crea el Partido Comunista cubano. Es decir, cerca de seis años después del triunfo de la Revolución. Antes de eso había habido una serie de partidos de la revolución cubana, de organizaciones revolucionarias, pero no existía el Partido Comunista.

—*Pero Castro nunca ha dejado que el Partido Comunista cubano funcione como otros partidos comunistas. Fidel ejerce un control sobre el partido muy fuerte...*

—Seguro que él tiene un control fuerte sobre el partido.

—*Me refiero a que tampoco permite que el partido se desarrolle de la manera en que podría hacerlo si no estuviera la sombra de su liderazgo. Los partidos tienden a crecer y a desarrollarse, incluso más allá de la voluntad de sus líderes. Pero el Partido Comunista de Cuba nunca ha podido desarrollar toda la estructura típica de los partidos comunistas de los otros socialismos reales. Como partido, el PC de Cuba ha sido mucho más débil internamente, ha estado siempre más controlado.*

—¿Cómo puede ser más débil si es más controlado? Cuanto más controlado y cuanto más unido, el Partido Comunista es siempre más eficaz. Cuanto menos controlado, es más débil.

—*El comentario de mi colega se refería a que el Partido Comunista de Cuba no tiene autonomía. Cuando muere Stalin, por ejemplo, existe un Partido Comunista en la Unión Soviética. La duda es si hay realmente un Partido Comunista análogo en Cuba.*

—*Mi hipótesis es que sin Castro el partido se desvanece...*

—No lo puedo decir, porque ahora la situación ha cambiado mucho. Los cubanos estudiaron durante quince años diferentes modelos del socialismo real antes de que se realizara el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975. Sé que visitaron Yugoslavia más de una vez para estudiar su proceso de construcción del socialismo, con sus características titoístas. También estudiaron el caso chino con mucha detención. Los cubanos no operan nunca al azar. Estudiaron por mucho tiempo, en la Unión Soviética, nuestro sistema de control por medio del partido. Ellos escogieron su propio modelo, que tiene sus características especiales, nacionales, pero reunieron allí, en gran parte, la esencia de la experiencia comunista de todo el mundo.

—*General, una pregunta sobre la crisis de los misiles. Una pregunta ingenua, casi elemental. ¿Qué fue, en su opinión, lo que llevó a Jruschov, en definitiva, a retirar los misiles? ¿Qué puede haberle dicho u ofrecido Estados Unidos? ¿Fue la amenaza nuclear?, ¿pero qué sentido tenía esa amenaza? ¿O fue una oferta de influencia en alguna área del mundo? ¿Cómo se imagina esa negociación, usted que estuvo tan cerca de ese proceso?*

—Conozco bien el intercambio de correspondencia entre Kennedy y Jruschov que condujo al desenlace de la crisis, es decir, cómo resolvieron ellos la crisis. Como les dije antes, fui intérprete durante la primera visita de Fidel Castro a la URSS [1963] y leí esa correspondencia, traduciéndola en la mesa de conversaciones entre Castro y Jruschov. De modo que más o menos conozco las condiciones.

¿Cómo comenzó la crisis de los misiles? Ésta es una página mucho más oscura, porque esos asuntos no quedan en los papeles sino sólo en el recuerdo de los que participaron. Claro, aquí fueron fundamentales Fidel Castro, Jruschov, que ya no está, el Che Guevara, que ya no está. Por nuestro lado participó Rashidov, que era el Primer Secretario de Uzbekistán, pero que también falleció. Salvo Castro, sólo permanecen vivos algunos personajes de segundo orden. Ellos podrían aclarar el problema, quién fue el iniciador, cuál fue el objetivo..., aunque siempre quedarán algunas lagunas.

Son muchas las operaciones de las cuales no se conservan los documentos escritos; muchas cosas se resolvían a veces por medio de cables, que luego se destruyeron, por medio de conversaciones telefónicas cifradas, por intermedio de mensajeros. Por ejemplo, toda la operación del envío de misiles a Cuba y de las tropas se hizo en un secreto total, no se permitió emplear ningún recurso clásico, ni cables cifrados, nada de nada. No hubo correspondencia, solamente un medio medieval: el enviado personal. Por eso, es poco lo que queda.

Estados Unidos se dio cuenta muy tarde de la presencia soviética en Cuba y, además, lo que supo era insuficiente. En mi libro cito los datos de nuestros militares que participaron en la operación, a la que le dieron el nombre de Anadyr, una península polar, porque la operación fue camuflada como si se tratara de maniobras de las unidades en la zona polar. En el momento de cargar los cohetes y todo eso, cargaban al mismo tiempo esquís, abrigo de pieles... Claro, así despistaron completamente a todos.

La idea general, por cierto, surgió después del ataque de Estados Unidos a bahía Cochinos. Esto impulsó a preguntarse cómo defender Cuba. Porque si Estados Unidos no hubiera intentado invadir a Cuba, no habría surgido en la Unión Soviética la idea de emplazar ahí cohetes. Pero después de lo de bahía Cochinos parecía evidente que si esa vez la invasión había fracasado, se intentaría hacerlo otra vez. Había recursos humanos de sobra —cubanos emigrados— y recursos materiales para repetir el intento. Además, ningún político o militar de Estados Unidos dijo, después de bahía Cochinos, que no se repetiría. Es lógico, entonces, que se pensara en cómo defender Cuba.

La Unión Soviética era incapaz de proteger a Cuba con tropas convencionales porque estaba muy lejos, el traslado en barco tomaría 27 días. En cuanto a la aviación estratégica, no la teníamos. Entonces había dos formas de defender a Cuba: una era el peligro permanente de una guerra nuclear, es decir: tener submarinos ahí, instalados con ojivas nucleares, los que servirían de barreras de protección para Cuba. Pero Rusia tenía en

aquel momento pocas armas nucleares, muy pocas, y los submarinos, además de escasos, eran relativamente modestos. La otra variante fue la que terminó por escogerse: instalar en Cuba armas atómicas, porque de otra forma era imposible prevenir el peligro de una invasión.

Así surgió la idea de enviar los misiles a Cuba. Surgió, supongo, en la cabeza de Jruschov. Fue entonces que él dijo ahí, en el Buró Político, aquella famosa frase de que 'Les vamos a meter a los yanquis un erizo en los pantalones'. Y comenzó a meterse este erizo... Todo lo demás, ustedes y yo lo conocemos.

—*Cuando estalló la crisis, ¿se vio afectado el poder de Jruschov al interior del Partido?*

—Sí, claro. Todos pasaron un susto tremendo.

—*¿Cuál fue el susto, cuál era la amenaza?*

—La amenaza de una guerra termonuclear, porque realmente estábamos a un paso. En Cuba ya estaban emplazadas 164 ojivas nucleares nuestras...

—*O sea, eso liquidaba a Estados Unidos...*

—No sólo liquidaba a Estados Unidos sino a gran parte de América Latina. Una ojiva nuclear es mucho más peligrosa que una catástrofe del tipo de Chernobyl.

—*Dado que ambas potencias tenían este poder destructivo tan grande, ¿por qué Jruschov decidió retirar los cohetes?*

—¡Ah!, porque ése fue el compromiso al que se llegó. Estados Unidos se compromete a no atacar a Cuba —el objetivo está alcanzado— y los soviéticos retiran los cohetes.

—*Hay otro punto, Jruschov también quería una equivalencia a lo que Estados Unidos tenía en Turquía.*

—Eso surgió después. Eso no figuró en el primer intercambio de cartas, eso entró después.

—*General, hay una cosa en la que siempre se insiste, que entre el 26 y el 27 de octubre pasaba todo tan rápido, que el día 29, que era un día lunes, Estados Unidos iba a hacer algo: bombardear. ¿Había conciencia en Moscú de que Kennedy estaba bajo presión de actuar inmediatamente?*

—Yo estaba en ese momento en México. Estaba trabajando en la línea de frente, como dicen, y tenía algunos contactos en las bases militares de Estados Unidos, en el sur de Florida. Yo recogía la información y la enviaba, pero no estaba en Moscú; regresé a Moscú en 1968. Durante la crisis de octubre trabajamos muy intensamente, yo tenía de tres a cuatro entrevistas diarias con gente que venía de Estados Unidos.

En Moscú hubo menos histerismo que en Estados Unidos, porque allí trascendía menos la información. Usted sabe que la prensa nuestra era más escueta y muy colada. Lo que me tocó ver en México me asombró muchísimo. La histeria en Estados Unidos llegó a tal grado que la población civil estadounidense comenzó a llegar a México en grandes cantidades huyendo del peligro de un conflicto nuclear. En esos días que usted menciona, precisamente, día y noche cruzaban la frontera mexicana caravanas de trailers con familias norteamericanas que dormían en campamentos improvisados, sin comodidades; nadie estaba preparado. Era dramático.

¿Cómo era el clima psicológico en Moscú? No sé decirle. En México yo estaba seguro de que se llegaría a una solución pacífica. Me preguntaba: ¿Vale la pena comenzar una guerra global, termonuclear, por el dominio sobre una isla, de Cuba? Me parecía que no. Ni Estados Unidos ni la Unión Soviética lo merecían. Fue una guerra de nervios tremenda... Pero estaba seguro de que no habría guerra mundial. Eso era imposible, simplemente; era ilógico, un suicidio. Nosotros sabíamos que Estados Unidos calculaba que había en Cuba como 40 ó 30 ojivas nucleares, pero sólo contaban los cohetes de medio alcance. Sin embargo, había a su vez otros cohetes, de defensa costera, también con ojivas nucleares, y había aviación, algo primitiva en aquel entonces, pero capaz de transportar bombas atómicas de gravitación, sencillas. Cuarenta ojivas nucleares son suficientes para destruir la armada norteamericana...

—Desde la perspectiva de Estados Unidos, el peligro eran las ojivas en sí; desde la perspectiva de la Unión Soviética, el peligro era la seguridad de Cuba. Pero desde el momento que Estados Unidos impuso el bloqueo a Cuba, Jruschov quedó en un callejón sin salida: si los barcos soviéticos rompían el bloqueo habría enfrentamiento naval, pero no nuclear; pero si la Unión Soviética perdía, ese enfrentamiento escalaba, y si escalaba ocurría lo que usted acaba de señalar. Por lo tanto, frente a la opción de escalar se producía la hecatombe...

—Sí, pero en la Casa Blanca todos, salvo Robert Kennedy, estaban esperando hasta el lunes para bombardear las instalaciones de misiles en Cuba. Porque la mayor parte del Comité de Crisis —Jack Kennedy, McNamara, Llewellyn Thompson, el ex embajador en Moscú— votó por el bombardeo inmediato. Y esta versión se ha repetido sistemáticamente hasta ahora...

—Cualquier intento de bombardeo habría provocado enseguida un golpe de represalia. Habría surgido un conflicto de tamaño increíble. El bloqueo aumentaba ese peligro, porque no había forma de comunicarse con tierra, por cable solamente, y entonces la decisión de emplear las armas

nucleares pasaba poco a poco de las manos del mando superior allá en Moscú a los jefes militares que estaban a cargo de esas ojivas. Estoy seguro de que la psicología de los generales que mandaban las tropas sería la de defenderse a toda costa, no morir bajo las bombas norteamericanas sin responder.

—¿Entonces, en su concepto, lo que ocurrió ahí, en definitiva, es que Rusia, con el retiro de los misiles, garantizaba que Estados Unidos no invadiría a Cuba?

—La historia nos justificó. Desde la crisis de 1962 han transcurrido 36 años, y Estados Unidos observa pero no invade.

—Si es así, ¿por qué dijo usted que la crisis le había costado la vida política a Jruschov?

—Porque Jruschov fue el que instaló los cohetes en Cuba. Él fue, al fin y al cabo, el protagonista de esta crisis, una crisis mortalmente peligrosa para los dos lados.

Ahora bien, cualquier jactancia de que Estados Unidos podía bombardear, son sólo cosas que se dicen... En aquel entonces eso era peligroso antes que nada para Estados Unidos, porque nuestros cohetes llegaban a distancias bastante grandes, a 2.500 kilómetros de Cuba, por lo que alcanzarían a casi todo el territorio de Estados Unidos.

Aun cuando muchas veces se dice que Jruschov capituló, que Jruschov se retiró, eso es sólo elucubración propagandística. Lo que hubo fue un compromiso racional, una transacción entre dos políticos absolutamente sensatos que comprendieron el verdadero peligro que había, y no hubo retirada de un lado o de otro. Estados Unidos se comprometió a no atacar, lo que antes nunca habría hecho, y nosotros retiramos los cohetes.

Pero los dos, ante los ojos de quienes los rodeaban, fracasaron, no cumplieron con su deber histórico. Jruschov puso en peligro el socialismo mundial y Kennedy no cumplió el deseo de la mayoría, que era bombardear y terminar con Castro. De modo que a uno lo matan y al otro lo relegan.

—Pero en ese momento apareció como un triunfo de Estados Unidos; en el mundo fue entendido de esa manera.

—Viéndolo con ojos absolutamente razonables, tranquilos, sin pasión ninguna, claro, era una cosa espantosa ver los aviones norteamericanos sobrevolando la zona. Pero a los inspectores norteamericanos no se les permitió entrar al territorio cubano para ver el proceso de desmantelamiento de los cohetes. En el mar abierto claro, podían ver lo que quisieran. Así que hubo de un lado y otro concesiones serias. Yo creo que fue una negociación limpia. Y Estados Unidos cumplió lo que prometió. Y claro, en este

caso, yo podría injuiciarlo a la parte rusa por unas cosas tremendas, porque en este conflicto no hubo ninguna justificación de derecho: nosotros nos metimos ahí sin que mediara un tratado militar con Cuba. Fue una operación secreta, pero se pensaba hacerla de otra forma: primero instalar los cohetes, después Jruschov firmaría un tratado formal de alianza militar con Cuba. Pero esto no se pudo realizar así porque no hubo tiempo.

—*Pero quien acrecienta su poderío a resultas de todo esto es indudablemente Castro, porque Jruschov se sintió como en deuda con Castro. Castro quedó fortalecido no sólo en el continente, sino también dentro de la Unión Soviética.*

—Creo que sí. Porque Rusia tuvo que congraciarse con Fidel Castro invitándolo en 1963, dándole condecoraciones, ofreciéndole todo un abanico de ayuda material. Es decir, la Unión Soviética reconoció la justicia y la integridad de la postura de Castro.

Castro es un político sobresaliente. El día que muera hablaremos en otro lenguaje sobre él, ahora no se puede.

—*Pero los días esos de octubre-noviembre de 1962 no fueron momentos agradables para Castro, porque él no fue un actor, no le consultaron nada...*

—Usted tiene razón. Él sufrió de veras en esos momentos y empleó palabras muy duras. Si releemos sus declaraciones, vemos que eran violentas a veces. No sé si es verdad, pero me dijeron que una de las cosas que dijo fue: ‘Si yo desembarcara ahora en Rusia, todo el país —Rusia— me seguiría’.

Como les decía, como fui su intérprete en 1963, recuerdo que espontáneamente se reunían multitudes para saludarlo, para aplaudirlo. Tenía un prestigio tremendo.

—*¿Y eso debilitó a Jruschov dentro de la Unión Soviética?*

—Lo debilitó fuertemente, claro. Por eso Jruschov cayó en 1964 y Fidel está en el poder en 1998.

—*Una última pregunta sobre esto: ¿la entrega de la lista de los espías chinos fue cuando Stalin estaba todavía vivo o fue durante los primeros años después de la muerte de Stalin?*

—Fue en la primera época después de la muerte de Stalin. ☐